

LIBROS

“CAHIERS DE POESIE DES ILES CANARIES”

No puedo sustraerme a anotar brevemente esta segunda entrega de la antología bilingüe de la poesía canaria que, en la Universidad de Dákar, llevan a cabo los profesores Durand y González Martel, y de la que ya hemos dado cuenta a nuestros lectores (FABLAS, 21) con motivo de la aparición del primer volumen. Y no quiero dejar de recoger esta noticia por lo que significa para la poesía insular. Tanto por la labor de los profesores citados, como por el hecho de que nuestros poetas más significativos puedan ser leídos en francés, en versiones de cuidada y pulcra factura.

Este volumen (1) se ocupa de dos poetas tinerfeños de probada solera: el malogrado Julio Tovar y el aún joven y animoso Pedro García Cabrera. Lo mismo las notas biobibliográficas que la abundante muestra que de cada poeta se ofrece, dan una visión sucinta, pero muy precisa y completa de ambos escritores, figuras cardinales de la poesía del archipiélago. El existencialismo breve y familiar, de tonos contenidos, de Julio Tovar! su narrativismo, esa épica de las cosas pequeñas que lo define, quedan nítidos y rotundos en la versión francesa del profesor Durand, lo mismo que sucede con el trasfondo crítico del sencillo y directo verbo de García Cabrera; con su intencionado empuje aparentemente velado tras el bondadoso tratamiento del contorno cotidiano y la experiencia siempre latente en sus cálidos poemas.

“Qui traduit, trahit”, reza el refrán francés. Pero yo creo que estos profesores que desde la universidad senegalesa se afanan en este difícil empeño, que nos debe ale-

grar, han podido y sabido, superar todas las limitaciones y nos ofrecen un resultado inestimable. No se puede silenciar esa nota introductoria que González Martel pone al volumen y donde se traza un panorama exhaustivo pero esquemático (quizás demasiado, debido a su loable empeño integrador), de las letras canarias.

La obra que el profesor Durand dirige con celo y cariño está en marcha, y promete ser —cuando concluya— una escala fundamental para el estudio de la poesía canaria más allá del ámbito de la lengua y la cultura españolas.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—René L.—F. Durand y Juan M. González Martel. “Cahiers de poesies des îles Canaries”, II. Centre de Hautes Etudes Afro-ibero-américaines de L'Université de Dakar. Dakar, 1971. 152 págs.



“CANCIÓN DEL SOLITARIO” DE

JOSÉ BATLLÓ

La poesía española contemporánea parece querer hacer inventario. Uno tras otro, poetas que han sido más que significativos en los años cincuenta y sesenta ha reunido su obra completa, casi completa, en volúmenes antológicos, como si se procurase un “borrón y cuenta nueva” que, de alguna manera, se me ocurre identificar con una cancelación de sus escritos anteriores y una necesidad de replantearse el hecho de escribir de ahora en adelante; como si tratasen de autopreguntarse por el objeto y razón de su poesía en particular, y de la poesía en general.

José Batlló (Caldes de Montbui, 1939), en su casi centenaria colección “El Bardo”,

a la que siempre ha ofrecido su incontestable y fundamental ayuda (no es posible silenciar lo que esta colección ha significado en la poesía española de postguerra, y como "El Bardo" y José Batlló se hallan plenamente identificados), acaba de dar a la luz una amplia selección de su obra poética escrita hasta el presente, bajo el título común de "Canción del solitario" (1).

¿Qué puede significar para la poesía española de hoy este libro? Ante todo, y sobre todo, el testimonio de un síntoma evidente: la necesidad de un encuentro con otros planteamientos, con otros caminos temáticos y expresivos, que permitan huir del círculo vicioso que ha supuesto una amenaza constante para nuestra poesía actual: su esquemático narrativismo, su simpleza realista, sus limitadas capacidades de aventura creadora. Leyendo a distancia, y en perspectiva por tanto, este libro de Batlló podemos ver cómo esa necesaria salida es buscada con encono y con urgencia. Y no es que José Batlló se haya encerrado en límites estrechos, puesto que su poesía es una de esas raras muestras (y valiosa no sólo por lo rara) de lo que Vázquez Montalbán ha llamado "escritura independiente". Leer "Canción del solitario", además supone otro encuentro aleccionador: se reconoce inmediatamente —y de ahí el título— que el poeta y la poesía se hallan en un medio que mal que les pese los margina, los hace andar por libres, cuando no como marginados, y hasta peligrosos. De ahí que el poeta, que inicia su obra enlazando con una tradición social, realista, por llamarla de alguna manera y sin ánimo de encasillamientos, no duda en abundar en el tratamiento de temas cordiales, afectivos, que unas veces traspasan las barreras individuales o íntimas y se vuelcan en un *nosotros* totalizador (véase, por ejemplo, el uso de la segunda persona que hace que el lector participe directamente de lo que el poema está mostrando), pero que las más —y sin mixtificaciones ni temores— se centran en el tema del amor, buscado, requerido, como experiencia vital, como necesidad de sentirse vivo y de conocer cómo

late, vivo también, el mundo.

Reflejo, pues, de un estado de cosas en nuestra poesía, "Canción del solitario" es también, y como resumen, el reflejo de una voz con personalidad e independencia suficientes para susurrarnos con cordialidad, o para echarnos en cara, la necesidad de que nos encontremos a nosotros mismos, sin falsas posturas o cobijos impuestos por "dictados culturales" o "modas de transición".

J. R. P.

(1).—José Batlló. "Canción del solitario". Col. "El Bardo". Barcelona, 1971. 97 págs.



"INQUISICIÓN DE LA POESÍA"

DE

GABRIEL CELAYA

Andar por este libro (1), y adelante que es cuestión de pasar muchas veces por sus múltiples caminos y sugerencias, es una labor que el crítico agradece; que, al menos, debe agradecer. Estamos inmersos en una tarea y repetida atmósfera de dogmatismo, de disputas literarias en torno a formas, corrientes, ideologías y grupos. Saludamos modas y modos con demasiada alegría, y —quizá— sin demasiado rigor. Por eso es siempre útil que alguien nos diga, por derecho, a las claras, que es hora de prescindir de tanta zarandaja; de dejarnos, de una vez por todas, de presuntuosas definiciones y sacratísimas sacralizaciones, y volvamos los ojos a lo que de verdad se debate: el qué y el por qué de la creación literaria; así, sin más adornos, ni máscaras, ni florea-

das ornamentaciones. Tal es el propósito de Gabriel Celaya en esta su "Inquisición de la poesía".

Rafael Múgica-Gabriel Celaya-Juan Leceta es escritor que había vivido un paréntesis de silencioso laborar, para algunos demasiado largo, y que ha vuelto a la palestra editorial española en sorprendente y fulgurante aparición: en los dos últimos años, además de tres nuevos libros, ha sacado a la luz dos reediciones, lo que ha puesto su nombre y su obra, otra vez, en el disparadero de la polémica y la discusión. En especial sus dos libros de poesía (valgan títulos: "Operaciones poéticas", Visor; "Cien poemas de un amor", Plaza y Janés) han dado lugar a comentarios de toda índole, generalmente subterráneos, nunca bien explicitados. Hemos oído hasta acusaciones, más o menos veladas, de auto-traición, de falseamiento de principios... Siempre he creído vana tal actitud: o la libertad del creador queda a salvo de toda estúpida y accidental intransigencia, o se guimos operando a unos niveles de dictadura cultural que no se acuerdan con las actitudes y palabras de quienes los proclaman. Por eso este libro de Celaya que tratamos de anotar, y su incisivo título, pueden considerarse como la respuesta —clara, eficaz, inequívoca, como siempre lo ha sido la palabra celayana— a toda esa soterraña actitud.

Auto de fe, pues, para la poesía; para salvar a la poesía verdadera: inspiración, formas y fundamentos son cuestionados en estos textos, cuya originalidad radica en aclarar esos conceptos que de tan elementales, de tan esenciales, habían quedado ocultos por el oropel de los nunca bien entendidos, ni digeridos, cambios y renovaciones necesarios. Y este libro, cuyos propósitos nos aclara el mismo autor en diferentes ocasiones ("...el proceso de desmitificación de la Poesía que voy a intentar en este libro, ...pretende ser un proceso realmente inquisitorial para desendemoniar y desembrujar la poesía"), vale sobre todo por ser el portavoz de una experien-

cia. Y no porque sea la labor del erudito campanudo, sino la del hombre trabajador y afanoso: "Quiero por eso volver sobre ello y repetir, una y mil veces, que cuanto digo en este libro sobre la poesía del tiempo que me ha tocado vivir, no es una proclamación de principios sino una modesta explicación de la poesía que intenté, con buena voluntad sin duda, pero quizá sin perdón. Porque en buena Ética, la moral de las buenas intenciones no puede primar sobre la de los resultados".

El trabajo de Celaya, imposible de resumir en los límites de una reseña, es lectura para saborear, para tener siempre a mano, y en cuenta. Es instrumento útil para, de vez en cuando, sentir cierto vergonzoso resquemor por querer saber, o pretender querer saber, "demasiada Literatura".

J. R. P.

(1)—Gabriel Celaya. "Inquisición de la poesía". Ed. Taurus. Col. Persiles. Madrid, 1972. 253 págs.

